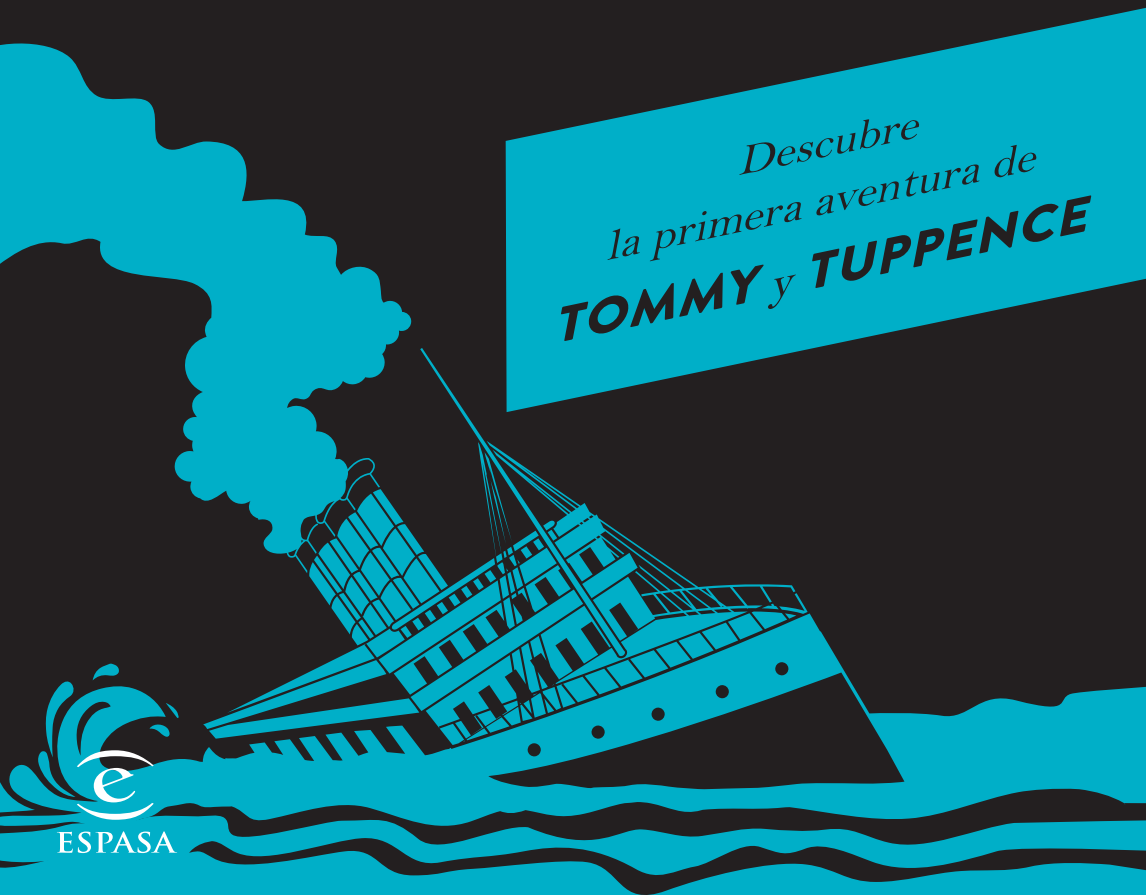


Agatha Christie®



EL
MISTERIOSO
SEÑOR BROWN

Descubre
la primera aventura de
TOMMY y TUPPENCE



AGATHA CHRISTIE

EL MISTERIOSO SEÑOR BROWN

Traducción de C. Peraire del Molino


ESPASA

The Secret Adversary © 1922 Agatha Christie Limited. All rights reserved.

AGATHA CHRISTIE, TOMMY AND TUPPENCE and the Agatha Christie Signature are registered trademarks of Agatha Christie Limited in the UK and elsewhere. All rights reserved.
www.agathachristie.com

Agatha Christie Roundels Copyright © 2013 Agatha Christie Limited.
Used with permission.

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño
Ilustraciones de la cubierta: © Ed

Agatha Christie

Traducción de C. Péraire del Molino © Agatha Christie Limited. All rights Reserved.

© Editorial Planeta, S. A., 2022
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Por esta edición:
Espasa Libros, 2022
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Publicado de acuerdo con Grupo Planeta Argentina S.A.I.C.

Primera edición: julio de 2022
ISBN: 978-84-670-6661-6
Depósito legal: B. 10.200-2022
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Egedsa
Printed in Spain - Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Capítulo 1

JÓVENES AVENTUREROS, —SOCIEDAD LIMITADA

—¡T ommy, viejo amigo!

—¡Tuppence, vieja calamidad!

Los dos jóvenes se saludaron afectuosamente, bloqueando por un momento la salida del metro de la calle Dover. El adjetivo *viejo* era engañoso puesto que entre los dos no sumarían ni cuarenta y cinco años.

—Hace siglos que no te veo —continuó el joven—. ¿Adónde vas? Ven a tomar algo conmigo. Aquí molestamos a todo el mundo... y tapamos la salida. Salgamos.

La muchacha asintió y echaron a andar por la calle Dover en dirección a Piccadilly.

—Bueno —dijo Tommy—, ¿adónde podemos ir?

El tono de ligera inquietud con que pronunció estas palabras no escapó al fino oído de la señorita Prudence Cowley, conocida entre sus amigos íntimos, por alguna oculta razón, por el sobrenombre de Tuppence, o sea «penique», y exclamó en el acto:

—Tommy, ¿estás sin blanca!

—Nada de eso —declaró el muchacho en tono poco convincente—. Nado en la abundancia.

—Nunca has sabido mentir —dijo Tuppence con severidad—. Aunque en una ocasión hiciste creer a la hermana Greenbank que el doctor te había recetado cerveza como reconstituyente, pero se había olvidado de anotarlo en la ficha, ¿te acuerdas?

Tommy se echó a reír.

—¡Vaya si lo hice! ¿Y no se puso hecha una fiera cuando lo descubrió? ¡No es que fuese mala, la hermana Greenbank! Supongo que el viejo hospital habrá sido desmovilizado como todo lo demás, ¿verdad?

Tuppence suspiró.

—Sí. ¿Y tú también?

Tommy asintió con la cabeza.

—Hará un par de meses.

—¿Y la recompensa? —insinuó Tuppence.

—La gasté.

—¡Oh, Tommy!

—No te asustes, calamidad, que no fue en diversiones. ¡No tuve esa suerte! El coste de la vida... sencilla, ordinaria, es, te aseguro, si es que no lo sabes...

—No seas niño —lo interrumpió la joven—. No hay nada que yo no sepa con respecto al coste de la vida. Aquí están Los Leones; entremos y cada uno pagará su parte. —Y Tuppence abrió la marcha.

El local estaba lleno y estuvieron buscando una mesa mientras iban recogiendo fragmentos de conversaciones.

«Y..., ¿sabes?, se sentó y lloró cuando le dije que no podía quedarse con el piso. ¡Era una verdadera ganga, querida! Igualito que el que Mabel Lewis compró en París...»

—Se oyen cosas muy curiosas —murmuró Tommy—. Hoy he pasado por la calle junto a un par de individuos que hablaban de una tal Jane Finn. ¿Has oído alguna vez un nombre semejante?

Pero en aquel momento se levantaban dos señoras y Tuppence se apresuró a ocupar uno de los asientos vacíos.

Tommy pidió té y bollos. Tuppence, té con tostadas.

—Y procure servir el té en teteras —agregó con severidad.

Tommy se sentó ante ella. Su cabeza descubierta dejaba ver sus cabellos rojos cuidadosamente peinados hacia

atrás. Su rostro era feo, pero agradable..., difícil de describir, pero sin duda el de un caballero y un deportista. Su traje castaño era de buen corte, pero estaba muy usado.

Formaban una pareja muy moderna. Tuppence no era una belleza, pero las líneas infantiles de su carita tenían personalidad. Su barbilla era enérgica y sus grandes ojos grises, muy separados, miraban dulcemente bajo sus cejas oscuras. Llevaba un pequeño sombrerito verde sobre sus cortos cabellos negros, y la falda de su vestido, bastante raído, dejaba ver un par de tobillos extraordinarios. Su aspecto era elegante.

Al fin llegó el té, y Tuppence, dejando a un lado sus pensamientos, se dispuso a servirlo.

—Ahora —dijo Tommy tomando un gran trozo de bollo— pongámonos al día. Recuerda que no te he visto desde aquellos tiempos en que te encontrabas de servicio en el hospital.

—Bien. —Tuppence se untó una tostada con abundante mantequilla—. Biografía de la señorita Prudence Cowley, quinta hija del arcediano Cowley de Little Missendell, Suffolk. La señorita Cowley dejó los placeres (y trabajos) de su casa al principio de la guerra y se vino a Londres, donde ingresó en un hospital de oficiales. Primer mes: Lavaba cada día seiscientos cuarenta y ocho platos. Segundo mes: Fue ascendida a secar los antedichos platos. Tercer mes: Ascendida a pelar patatas. Cuarto mes: Ascendida a cortar pan y untarlo de mantequilla. Quinto mes: Ascendida al primer piso para manejar la escoba y el estropajo. Sexto mes: Ascendida a servir la mesa. Séptimo mes: Mi aspecto y mis maneras amables hacen que me asciendan a servir a las hermanas. Octavo mes: Ligero descenso en mi carrera. ¡La hermana Bon se come el huevo de la hermana Westhaven! ¡Gran revuelo! ¡La culpa es de la doncella de la sala! ¡Falta de atención en asuntos de tal importancia; debe ser castigada! ¡Vuelta al estropajo y a la escoba! ¡Cómo caen los

poderosos! Noveno mes: Ascendida a barrer las salas, donde encuentro a un amigo de mi infancia en la persona del teniente Thomas Beresford (saluda, Tommy), a quien no había visto por espacio de cinco largos años. ¡El encuentro fue conmovedor! Décimo mes: Fui reprendida por ir al cine en compañía de uno de los pacientes, el antes mencionado teniente Thomas Beresford. Undécimo mes: Vuelvo a mis deberes de doncella con éxito absoluto. Y al finalizar el año dejo el hospital rodeada de un halo de gloria. Después de esto, la talentosa señorita Cowley se convierte sucesivamente en chófer de una camioneta de repartos, de camión y de un general. Este último fue el empleo más agradable. ¡Era un general bastante joven!

—¿Quién era ese tipo? —preguntó Tommy—. Es mareante ver cómo esos jefazos van del Departamento de Guerra al Savoy y del Savoy al Departamento de Guerra.

—He olvidado su nombre —confesó Tuppence—. Resumiendo, eso fue en cierto modo la cúspide de mi carrera. Luego ingresé en una oficina del gobierno. Celebramos unas reuniones muy divertidas. Tenía la intención de convertirme en cartera o conductora de autobús para redondear mi carrera..., pero vino el armisticio. Estuve en esa oficina durante muchos meses, pero, cielos, al final me echaron. Desde entonces he estado buscando un empleo. Ahora... te toca a ti.

—En la mía no hay tantos ascensos —dijo Tommy con pesar—, y mucho menos variedad. Como ya sabes, volví a Francia. De allí me enviaron a Mesopotamia, donde me hirieron por segunda vez y estuve en otro hospital. Luego permanecí en Egipto hasta el armisticio, pude estar allí algún tiempo más, hasta que al fin me desmovilizaron, como te dije. ¡Y por espacio de diez meses interminables he estado buscando trabajo! ¡No hay empleos! ¿Qué sé de negocios? Nada.

Tuppence asintió con pesar.

—¿Y si probaras en las colonias? —le sugirió.

Tommy negó con la cabeza.

—No me gustaría... y estoy completamente seguro de que no iban a aceptarme.

—¿Tienes parientes ricos?

Tommy volvió a mover la cabeza.

—¡Oh, Tommy! ¿Ni siquiera una tía abuela?

—Tengo un tío anciano que nada en la abundancia, pero no me sirve.

—¿Por qué no?

—Quiso adoptarme en cierta ocasión y yo me negué.

—Creo recordar que me hablaste de ello —dijo Tuppence despacio—. Te negaste por tu madre...

Tommy enrojeció.

—Sí, hubiera sido una crueldad. Como ya sabes, solo me tenía a mí. Mi tío la odiaba... y solo quería apartarme de su lado.

—Tu madre murió, ¿verdad? —dijo Tuppence.

Tommy asintió.

Los enormes ojos de Tuppence se nublaron.

—Eres un buen chico, Tommy. Siempre lo has sido.

—¡Tonterías! —exclamó el muchacho—. Bueno, esta es mi situación... casi desesperada.

—¡Igual que la mía! He resistido cuanto me ha sido posible. Lo he intentado todo. He contestado a los anuncios. ¡He ahorrado, recortado gastos y me he privado de lo necesario! Pero ha sido inútil. ¡Tendré que regresar a casa!

—¿Quieres volver?

—¡Claro que no! ¿De qué sirve ser sentimental? Mi padre es un encanto..., lo quiero mucho..., pero no sabes lo mucho que le preocupo. Tiene un punto de vista muy victoriano en cuanto al largo de las faldas y considera que fumar es una inmoralidad. ¡Para él soy un auténtico dolor de cabeza! Suspiró aliviado cuando la guerra me alejó de casa.

Entiéndelo, en casa somos siete. ¡Es horrible! ¡No se habla más que de las tareas de la casa y las reuniones de mamá! Yo siempre he sido la oveja negra. No quiero regresar. Pero... ¡Oh, Tommy! ¿Qué puedo hacer si no?

Tommy negó con la cabeza tristemente. Hubo un silencio y al cabo Tuppence exclamó:

—¡Dinero! ¡Dinero! ¡Dinero! ¡Dinero! ¡Pienso en él por la mañana, por la tarde y por la noche! ¡Soy una interesada, pero ahí me tienes!

—A mí me ocurre lo mismo —convino Tommy con pesar.

—He pensado en todos los medios imaginables de conseguirlo —continuó Tuppence—. ¡Solo hay tres! Heredarlo, casarse o ganarlo. El primero queda eliminado. No tengo ningún pariente viejo o rico. ¡Todos los que tengo se encuentran refugiados en asilos! Siempre ayudo a las ancianas a cruzar la calle y a llevar paquetes a los viejecitos por si alguno resultara ser un millonario excéntrico. Pero ninguno me ha preguntado siquiera cómo me llamo... y muchos ni me dan las gracias.

Hubo una pausa.

—Desde luego —resumió Tuppence—, el matrimonio es la mejor oportunidad. Cuando era muy joven decidí casarme solo por dinero. ¡Cualquier chica sensata lo haría! Ya sabes que no soy sentimental. —Se detuvo—. Vamos, no puedes decir que lo sea —agregó desafiante y mirándolo fijamente.

—Claro que no —se apresuró a decir Tommy—. Nadie pensaría jamás que el sentimentalismo tenga algo que ver contigo.

—Eso no es muy amable por tu parte —replicó Tuppence—. Pero me atrevo a asegurar que lo dices con buena intención. Bueno. ¡Ahí tienes! Estoy dispuesta y deseosa de casarme..., pero nunca conozco a hombres ricos. Todos mis amigos están tan apurados como yo.

—¿Y qué me dices del general? —preguntó el joven.

—Creo que en tiempos de paz tiene una tienda de bicicletas —le explicó Tuppence—. No, no me sirve. En cambio tú podrías casarte con una chica rica.

—Me pasa lo que a ti. No conozco a ninguna.

—Eso no importa. Siempre puedes tener la oportunidad de conocerla. En cambio, si yo veo salir del Ritz a un caballero envuelto en un abrigo de pieles no puedo correr hasta él y decirle «escuche, usted es rico y me gustaría conocerlo».

—¿Sugieres que eso es lo que haría ante una mujer vestida de manera similar?

—No seas tonto. Tropiezas con ella, le recoges el pañuelo o algo por el estilo. Si cree que deseas conocerla se sentirá halagada y te ayudará.

—Exageras mis encantos masculinos —murmuró Tommy un tanto escéptico.

—En cambio —continuó Tuppence—, mi millonario echaría a correr como si lo persiguiese el diablo. No... el matrimonio está lleno de dificultades. Solo queda, por lo tanto..., ganar dinero.

—Ya lo hemos intentado y fracasamos —le recordó Tommy.

—Sí, hemos probado todos los medios corrientes, pero supón que probamos los... otros, Tommy, ¡y nos convertimos en aventureros!

—Bueno —replicó el muchacho alegremente—. ¿Cómo empezamos?

—Ahí está la dificultad. Si pudiéramos darnos a conocer, la gente nos alquilaría para que cometiéramos delitos en su provecho.

—Delicioso —comentó el muchacho—. ¡Sobre todo vieniendo de la hija de un clérigo!

—La culpa moral —le indicó Tuppence— sería de ellos..., no mía. Tienes que admitir que existe una gran di-

ferencia entre robar un collar de diamantes para uno mismo o que te contraten para robarlo.

—¡No existiría la menor diferencia si te pescaran!

—Tal vez no. Pero no me atraparán. Soy muy lista.

—La modestia ha sido siempre tu punto flaco —observó Tommy.

—No te hagas el gracioso. Escucha, Tommy, ¿quieres que lo hagamos? ¿Quieres que formemos una sociedad?

—¿Que formemos sociedad para robar collares de brillantes?

—Eso era solo un ejemplo. Tenemos un..., ¿cómo lo llaman en contabilidad? ¿Libro de cuentas?

—No sé. Nunca llevé ninguno.

—Yo sí..., pero siempre me confundía y colocaba las entradas en el Debe y las salidas en el Haber..., por eso me despidieron. Oh, ya sé..., será una sociedad de aventureros. Me parece una frase muy romántica. Tiene cierto sabor isabelino... Me hace pensar en galeras y doblones. ¡Una sociedad de aventureros!

—¿Y la registraremos bajo el nombre de Jóvenes Aventureros, Sociedad Limitada? ¿Esa es tu idea, Tuppence?

—Sí, riete, pero creo que podría dar resultado.

—¿Cómo piensas ponerte en contacto con tus posibles clientes?

—Por medio de un anuncio —replicó Tuppence en el acto—. ¿Tienes un lápiz y un pedazo de papel? Los hombres siempre llevan. Igual que nosotras horquillas y polvos.

Tommy le alargó una libretita verde bastante usada y Tuppence empezó a escribir afanosamente.

—¿Te parece que empiece así: «Joven oficial, dos veces herido en la guerra...»?

—Desde luego que no.

—¡Oh, está bien! Pero te aseguro que esa clase de cosas ablandan el corazón de las solteras y tal vez alguna te

adoptase, y entonces no tendrías necesidad de convertirte en aventurero.

—No quiero que me adopte nadie.

—Había olvidado que tienes prejuicios. ¡Solo lo he dicho por hacerte rabiar! Los periódicos están hasta arriba de estas cosas. Ahora escucha..., ¿qué te parece?: «Se ofrecen dos jóvenes aventureros dispuestos a hacer lo que sea y a ir a cualquier parte por un buen precio». Debemos dejar esto bien sentado desde el principio. Luego podríamos agregar: «No rechazamos ninguna oferta razonable...».

—Yo creía que cualquier oferta que recibiéramos iba a ser irrazonable.

—¡Tommy! ¡Eres un genio! Eso es mucho más chic. «Ninguna oferta irrazonable será rechazada... si está bien pagada.» ¿Qué tal?

—Yo no volvería a mencionar lo del dinero. Se nota demasiado que estamos ansiosos de dinero y eso sería perjudicial.

—¡Por mucho que se note, no será tanto como en la realidad! Pero es posible que tengas razón. Ahora voy a leértelo todo. «Se ofrecen dos jóvenes aventureros dispuestos a hacer lo que sea y a ir a cualquier parte por un buen precio. Ninguna oferta irrazonable será rechazada.» ¿Qué opinarías tú si lo leyeras?

—Lo tomaría o bien por una broma o por algo escrito por un lunático.

—No es ni la mitad de absurdo que el que he leído esta mañana firmado por «El Mejor Muchacho». —Arrancó la página y se la tendió a Tommy—. Ahí tienes, creo que lo mejor será publicarlo en *The Times*. La respuesta a Lista de Correos, etcétera. Supongo que al menos costará unos cinco chelines. Aquí tienes mi parte: media corona.

Tommy contemplaba pensativo el papel, y su rostro se puso como la grana.

—¿Debemos intentarlo? —dijo al fin—. ¿Tú crees, Tuppence? ¿Solo por si resulta divertido?

—Tommy, ¡eres un encanto! ¡Ya lo sabía! Bebamos por el éxito. —Y sirvió un poco de té ya frío en las dos tazas—. ¡Por nuestra aventura en comandita y que pronto prospere!

—¡Por los Jóvenes Aventureros, Sociedad Limitada! —respondió Tommy.

Dejaron las tazas y rieron de buena gana. Tuppence se puso en pie.

—Tengo que regresar a mi lujosa habitación del hotel.

—Tal vez sea hora de que regrese al Ritz —dijo Tommy a su vez con una sonrisa—. ¿Cuándo volveremos a vernos? ¿Y dónde?

—Mañana, a las doce, en la estación del metro de Piccadilly. ¿Te va bien?

—Soy dueño de mi tiempo —replicó Beresford pomposamente.

—Hasta la vista entonces.

—Adiós, encanto.

Los dos jóvenes tomaron direcciones opuestas. La pensión de Tuppence estaba situada en una zona llamada compasivamente Belgravia Sur. Por ahorrar, no tomó el autobús.

Cuando se encontraba en mitad del parque Saint James se sobresaltó al oír una voz masculina a sus espaldas.

—... Perdóneme —le dijo—. ¿Podría hablar un momento con usted?